

R. F. A.

## LAS DIFICULTADES ECONÓMICAS Y EL PARO DESPIERTAN EN LOS CORAZONES ALEMANES, LA NOSTALGIA POR LOS «HOMBRES FUERTES»

WILLY Brandt no es ya más que un pálido recuerdo; Helmut Schmidt tendrá todas las dificultades del mundo para seguir en la Cancillería federal; el hombre del año en 1975 será Franz Joseph Strauss. No es un razonamiento que se haga el alemán medio, sino que se trata de una convicción de toda la prensa de la República Federal. Si se convocase a los alemanes a las urnas, la social-democracia se vería barrida. Los resultados del último sondeo de opinión no dejan ninguna duda sobre el particular: el partido cristiano-demócrata, hoy en la oposición, obtendría el 55 por 100 de los votos.

A pesar de sus éxitos comerciales, Alemania está en crisis, y el número de parados pronto llegará al millón. «Cada vez que los alemanes sienten preocupación —afirma el ex canciller Brandt—, se refugian en el pasado y buscan instintivamente al hombre fuerte». Manfred Rommel, hijo del célebre mariscal del Afrika-korps, acaba de conseguir la Alcaldía de Stuttgart, metrópoli industrial tradicionalmente socialista. No es esa más que una manifestación entre tantas de la inmensa oleada de nostalgia que hoy sacude a la Alemania Occidental.

No es simple casualidad el que Helmut Schmidt, apasionado de la disciplina y la eficacia, sucediese a la cabeza del Gobierno a un Brandt un tanto místico y afligido por un pasado —lejano ya— de «rojo». La obsesión por el orden se ha instalado en el corazón mismo de la social-democracia; Schmidt ha prohibido ya a los miembros de su partido hablar de «apropiación colectiva de los medios de producción», de «control de las inversiones». Los infractores serán excluidos. Schmidt ha expulsado ya de su Gobierno al ministro socialista Eppler. «Es un soñador», comentó el canciller. ¿Cuál ha sido la razón del fulminante cese? Eppler exigía una política seria de ayuda a los países en vías de desarrollo.

### Una juventud «sana»

Pero la severidad de Schmidt no parece ya suficiente. Por más que el canciller diga y repita a



A pesar de sus éxitos comerciales, Alemania Federal está en crisis: el número de parados en su territorio pronto llegará al millón. En la foto, un grupo de desempleados hace cola frente a una oficina de registros en Francfort.

## LA FASCINACION DEL ORDEN

sus compatriotas que «en otros países la situación económica es mucho más dramática que en el nuestro», nadie hace ya caso. Los alemanes quieren a un hombre todavía más fuerte. Así es como Franz Joseph Strauss, largo tiempo olvidado, vuelve a salir a flote. Encarnación del neocolonialismo, el hombre y su partido, la CSU, rama bávara de la democracia cristiana, consiguieron en las últimas elecciones regionales de Baviera el 62 por 100 del total de votos. Pero eso no es todo: También han tenido un auge considerable en diversas ciudades de importancia, especialmente en Francfort y en todo el país de Hesse, baluarte tradicional de la social-democracia.

Carstens, presidente del grupo parlamentario cristiano-demócrata, evoca de nuevo «los territorios perdidos de Pomerania y la Prusia Oriental», y hace un llamamiento a la sana reacción de la juventud. Es ese un lenguaje que hacía ya tiempo que nadie se atrevía a utilizar en Alemania. Pero Carstens opina que «han cambiado los tiempos». De hecho, la izquierda sufre por todas partes un retroceso. En los Liceos y Universidades, las asociaciones más reaccionarias recobran su antigua pujanza. Strauss no cabe en sí de gozo. «La juventud alemana —dice— se aparta de los malos

pastores y retorna a las sanas tradiciones de nuestro país».

### «Extirpar el marxismo»

Al mismo tiempo, la prensa de obediencia cristiano-demócrata y del patronato lanza una violenta campaña contra los «sindicatos rojos» y agita el espectro de un «Estado sindical». «Hace tiempo que no se había visto nada semejante en nuestro país», comenta con amargura Eugen Loderer, dirigente del poderoso sindicato obrero de la metalurgia.

Los gobiernos de los distintos Länder promulgan leyes de discriminación política: se expulsa a los miembros del partido comunista de la función pública y, en particular, de la enseñanza. Al margen de las Juventudes Socialistas, ya nadie piensa siquiera en protestar. Todos se callan, aun cuando las autoridades de Stuttgart rechazan el derecho de asilo político a cinco ex ministros del Gobierno de Allende: «so pretexto de que «los rojos son peligrosos». La Iglesia católica se suma a esa caza de brujas. Los obispos proclaman casi unánimes: «¡Necesitamos a Strauss!». Monseñor Hengsbach, obispo de Essen, piensa que es urgente «extirpar el marxismo», y su colega de Aquisgrán, monseñor Phlschnei-

der, no duda en llamar a la Policía para reprimir a «esa canalla que trata de minar el orden por Dios instituido». Para los eclesiásticos, el voto de una ley sobre el aborto es prueba más que suficiente de que los diputados social-demócratas son en realidad reencarnaciones de Satanás.

La prensa de Axel Springer se distingue por sus salvajes ataques contra todo lo «rojo», e instiga a la Policía contra «los terroristas y los izquierdistas». Las autoridades, impresionadas, siguen el movimiento. El Gobierno federal dicta medidas que limitan rigurosamente los derechos de los abogados y los acusados políticos. El debate político se ve reducido a su más simple expresión. «Todo lo que está a la izquierda —declara tranquilamente un dirigente cristiano-demócrata— constituye un peligro virtual para la patria».

En los próximos meses tendrán lugar elecciones regionales en Berlín Oeste, en Schleswig-Holstein, en Baden-Wurtemberg y sobre todo en Renania-Westfalia, es decir, en el mismo corazón del Ruhr. En todas partes, la social-democracia parece abocada a la derecha, y los partidarios de Struss se preparan para un mañana victorioso. Günter Grass constata con preocupación: «Es un desastre. La clase obrera alemana siente nostalgia del pasado». ■ GERARD SANDOZ.